

DONDE TERMINAN LOS SUEÑOS

John D. MacDonald



«Una novela que combina las cualidades
de John O'Hara y Harold Robbins»
-The Observer-

Florida, la tierra que Juan Ponce de León descubrió buscando la Fuente de la Juventud Eterna. Un puñado de empresarios muy listos y unos cuantos publicitarios avispados han «vendido», a lo largo y a lo ancho de los Estados Unidos, la imagen del Estado de Florida: cielo azul, mar azul, playas doradas... Allí se tumban al sol los jubilados. Tras la plácida fachada, arde lentamente el amargo rescoldo del desencanto. Porque el ocio llega cuando casi no hay ya vida para disfrutarlo. Hombres y mujeres «de cierta edad» siguen mordiendo el anzuelo. Llegan de Vermont, de Rhode Island, de Montana, de Illinois, huyendo del frío y de la inseguridad de un mundo al cual ya no pertenecen. Y en las comunidades de propietarios —más o menos prósperos, más o menos tronados— continúan alimentando sus egos, ahondando sus frustraciones, cogiendo un poco de alegría donde la encuentran, recordando, soñando e incluso delinquiendo.

Golden Sands es una comunidad de propietarios a orillas del Caribe. Lujoso y dominante, el edificio se yergue como si fuese a durar para siempre. Pero esto es sólo apariencia: un constructor poco escrupuloso ha amasado una fortuna escatimando materiales. Muy lejos de allí, al sur del Yucatán, el enemigo va cobrando fuerza. Es el ciclón *Ella*, que comienza a trazar su devastador semicírculo en torno a Cuba. Los copropietarios de Golden Sands prefieren ignorarlo. Todo continúa como siempre. Golden Sands es un reducto —el último reducto—: un torreón inexpugnable. Es un símbolo de la sociedad norteamericana actual.

El huracán que se cierne sobre el orgulloso edificio ¿es también el símbolo de una tragedia inminente? El lector de este libro debe decidirlo. John D. MacDonald, con vigoroso estilo, se limita a exponer unos hechos y a crear, más que personajes, personas de carne y hueso. Pero hay un hecho

indudable: según las palabras de uno de los protagonistas, «Golden Sands apesta a miedo».

Con más de sesenta novelas policíacas en su haber, John D. MacDonald ha hecho que su nombre sea familiar para millones de lectores. «Donde terminan los sueños» es su primera incursión en otro tipo de ficción novelística, mucho más ambicioso, y en ella revela una contundente maestría. Y no sólo esto: este libro ha estado a la cabeza en las listas de *bestsellers* del New York Times durante siete meses, con un total de casi dos millones de ejemplares vendidos en la edición original.

También publicada en español como «El consorcio» y «Condominio».

Este libro está dedicado a todos aquellos que formaron parte de los años felices en Sarasota, y a los que he perdido de vista:

Walter y Margo Anderson — George y Nancy Albee
Chick Austin — Fran Barley — Bart Bartholomew
Les Baylis — Cosby Bernard — Glen Berry
Karl Bickel — Gertie Blassingame — Don Boomhower
Rosemary Bouden — Ross Boyer
Dave y Sally Boylston — Smyth Brohard
Mary Lawrence Brown — Charles Brundage
Vic Butterfield — Carl Carmer — Tom Chamales
John Z. Clarke — Jack Coldwell — Roy Cook
Jon Corbino — Tom and Betty Crisp — Ben Currier
Pelham Curtis — Oscar Delano — Bill Dobson
A. B. Edwards — Lee Eggers — Janet Elvgren
Ray Englert — Roger Flory — Sandy French
David Gray — Martin Griffin — Miss Charlie Hagerman
Randy Hagerman — Phill Hall — Bebe Hamel
Pop Harbert — Jack Hasson — Alden Hatch
Larry Heller — Edward Burlingame Hill — T. Dana Hill
Al Hirshberg — Russ Hollander — Lew Hughes
Kent Innes — Iz Jenkins — Harold Johnstone
Carleton Kelsey — Warren Kemp — Nick Kenny
Jim Kicklighter — Verman Kimbroungl — Bill Kip
Reggie Lacatta — Larry LaCava — Jack and Liz Lambie
Ed Langer — Hilton Leech — Larry Lehman
Ray Littrell — John Logan — Jean Ludwig
Eddie Marable — Richard A. A. Martin — Walter Martin
Joe Marx — Murray Mathews — Mike Matusak
Pat McClerkin — Crete McCourtney — Johns McCulley

Oliver McGowan — Kent McKinley — Bill Moise
Bert Montessor — John Newell — Wally Norton
Bruff Olin — Gordon Palmer — Emmy Pete
Glenn Potter — Mel Potter — Harris Powers
Ted Pratt — Jay y Helen Protas — Ralph Putthoff
Frank Rampola — Loring Raoul — Felix Reisenberg
Jack Rhoades — Willy Robarts — Bill Rogers
Harry Saddler — Bill y Janet Scher — Dave Scobi
Taylor Scott — Ernie Sears — Squire Sessler
Alvord Shenn — Eddie Shields — Karl Shrode
Ned Skinner — Jean Spanos — Warren Spurge
Lois Steinmetz — Becky Sterling — George Storm
Elmer Sulzer — Hank Taylor — Lyle Thompson
Rosie Tombs — Maximilliano Truzzi — Bert Twitchell
Louise Utz — Bill y Laura Van Cleef — Ted Wacker
Paul Waner — David Ward — Bill Watkins — Joyce West
Dorsey Wittington — Fred Woltman — Ed Younker

«Es muy peligroso que pase tanto tiempo sin que haya huracanes. Aumenta el número de los incrédulos, de los que no creen».

DOCTOR ROBERT H. SIMPSON
Ex director del Centro Nacional de Huracanes
Miami, Florida

1

Howard Elbright encontró finalmente a Julian Higbee, el administrador del edificio de apartamentos quien, apoyado distraídamente contra una columna de cemento, miraba hacia la piscina en la que se zambullían alternadamente dos mujeres jóvenes desde el trampolín más bajo.

—Disculpe —dijo Elbright—, la muchacha de la oficina creía que estaba en las pistas de tenis. Fui a buscarle hasta allí.

Higbee, el administrador, no reaccionó. Siguió de pie al lado de Elbright con sus grandes brazos tostados y los gruesos tobillos. Era un hombre corpulento y sólido, y en todas las partes que la camisa azul claro y los *shorts* azul oscuro dejaban al descubierto, la piel morena mostraba una pelusa clara blanqueada por el sol. El pelo de sus sólidas quijadas era corto y pálido. Aunque era obviamente demasiado joven para llevar un postizo, tenía el cabello castaño rojizo tan terso y cuidadosamente dispuesto sobre la frente, justo encima de las cejas, que parecía llevar peluca.

Howard Elbright se preguntó si el hombre no sería sordo además de carecer de visión periférica. La alternativa era que el propio Elbright se hubiera vuelto invisible e inaudible, condenado a vagar eternamente por aquella luminosa isla de Florida tratando de participar en conversaciones incomprensibles, y que la gente aceptara su dinero a cambio de mercancías plásticas indestructibles. Le pareció que últimamente estaba teniendo sueños como aquél.

—¡Disculpe! —dijo.

Sin volverse hacia él, Higbee dijo:

—La que usted llama la muchacha de la oficina es mi esposa. Es la señora Higbee. Lorrie Higbee. —Hablabla con voz extrañamente aguda, acentuando las sílabas, como si estuviera acostumbrado a hablar con gente medio sorda.

—No tuve intención de...

—Lo que pasaba con las pistas de tenis tenía que ver con el coronel Simmins, que vive en el 1-G. El coronel Simmins me decía que en la pista oeste el suelo está ondulado. Es la segunda de nuestras dos pistas de tenis, y en el saque la pelota rebota mal. Me hizo contemplar cómo su saque rebota mal. De acuerdo: rebota de un modo raro. Como le dije, el saque de todo el mundo rebota de un modo raro. —Se dio la vuelta tan repentinamente que asustó a Howard Elbright—. ¡Lo que está bien para uno, está bien para todos! ¿No es cierto? —gritó Julian Higbee.

—No juego al tenis.

—Lo que debe hacer —le dije como le digo a todos— es exponerlo al consejo. Para eso están. Para eso les eligieron. Si quieren que se haga algo vendrán a verme y me preguntarán si puedo hacerlo. ¿No es así?

—Supongo que sí.

El administrador extendió su gran mano tostada.

—Me llamo Julian Higbee, señor. Soy el administrador. Si tiene interés en comprar, quedan sólo dos unidades en Golden Sands. 5-A y 6-E. Todos los apartamentos tienen una vista imponente del golfo de México. Si tiene interés en alquilar le puedo mostrar una gran variedad de apartamentos muy bien amueblados...

—Estamos en el 4-C.

Higbee le miró sin expresión y luego sonrió.

—¡Es cierto! Sabía que le había visto en alguna parte. Se trasladaron antes de ayer, ¿no?

—No. Hace diez días, exactamente el 3 de mayo.

—Lo felicito por haber encontrado un modo de vida distinto y valioso, señor... No me lo diga. Por favor no me lo diga —Higbee cerró los ojos, inclinó la cabeza, y apoyó el

puño contra los labios. Emitió un sonido apenas audible—. ¡Elmore! —gritó—. Nunca fallo.

—Muy parecido a Elmore: Elbright.

—Es bastante parecido, señor Elmore. ¿Qué le pasa?

—Tengo una lista.

—¿Una lista? ¿Una lista de qué?

—Una lista de cosas que hay que arreglar. En el 4-C.

—¿Que hay que arreglar? Eso es muy fuerte. ¿Es una amenaza, señor Elmore?

—Elbright. No es amenaza. Sólo quiero decir que cuando uno se traslada a una casa nueva, siempre hay pequeñas cosas que andan mal y que tarde o temprano hay que arreglar para que la casa sea cómoda. Por ejemplo el aparato de aire acondicionado está...

—Vamos a mi oficina y examinaré su ficha.

Higbee le acompañó por el garaje. Golden Sands era un edificio de ocho pisos. El garaje, el vestíbulo de entrada, la oficina y el apartamento del administrador estaban en la planta baja. El piso siguiente era el primero con apartamentos. En cada piso había siete apartamentos, salvo en el último, donde había cinco a causa de las terrazas. Cuarenta y siete además del que ocupaba el administrador. Era un edificio de color claro, de cemento, de un apartamento de fondo, conformado como un bumerang. Se levantaba sobre un estrecho terreno de una hectárea y media y la convexidad posterior penetraba en una jungla impenetrable de robles, palmeras, mangles y varias plantas trepadoras y arbustos. El frente cóncavo soportaba el incesante ruido del tránsito en las dos direcciones de Beach Drive y daba al espacio entre dos edificios más altos, sobre la playa y, más allá, al amplio y azul golfo de México.

Higbee se detuvo súbitamente; se volvió y apoyó su gran mano sobre el hombro de Howard Elbright, le hizo girar a la izquierda y dijo:

—¡Mire eso! Maldita sea, ¿me hace el favor de mirar eso?

Elbright miró en la dirección indicada y vio sólo un Oldsmobile gris plata aparcado con el morro hacia la pared de cemento de uno de los depósitos.

—¿Lo ve? —preguntó Higbee. Sacó un metro de acero del bolsillo y se acercó al Oldsmobile. Tenía una rueda trasera apoyada sobre la línea anaranjada divisoria. Midió lo que sobresalía y luego se dirigió a la parte delantera del coche y midió la distancia desde el guardabarros a la pared.

—Es el coche de Hascoll. 5-F. Esta vez se ha pasado treinta centímetros de la línea lateral y le faltan veinte para la pared. ¿Sabe lo que eso significa? Cuando hay ahí un coche, nadie puede pasar a los dos lugares siguientes, ¿comprende? ¿Y entonces qué pasa? Estoy mirando la televisión y alguien llega gritando que no puede aparcar. No se lo he dicho una vez, se lo he dicho treinta: si la vieja no sabe aparcar, que lo haga él. ¿Es mucho pedir? Colóquelo entre las líneas. Toque la pared con el guardabarros delantero. ¿Es mucho pedir? Le digo que todos esos tipos tienen que aprender a aparcar.

Howard Elbright observó la cara enfadada del joven. Howard sintió que las orejas le ardían y el cuello se le hinchaba. Sabía que no debía enfadarse.

—¿Dos tipos? ¿Fue eso lo que dijo, Higbee?

—¿Cómo tengo que llamarles?

—Residentes. Propietarios. Con respeto, no con mofa.

—¿Con qué?

—Mofa, desprecio. Contribuyo a pagar su sueldo, ¿no?

—Paga la administración, señor Elmore.

—Elbright. ¿Y entonces, no le parece que debe hacer un esfuerzo para complacer a los propietarios?

—¿Por qué habría de hacerlo? ¡Ah!, comprendo. Pero se equivoca. No trabajo para ustedes. Trabajo para la Administración Gulfway. Y Gulfway tiene un contrato de veinte años para administrar este edificio. Yo y Lome trabajamos para Gulfway. Esa es la gente a la que debo complacer. No

tiene sentido que se haga el severo conmigo, señor Elmore. Ustedes no pueden hacerme nada. Quizás estén mejor conmigo que con el próximo individuo que les manden. Si quiere saber cómo funciona, ¿por qué no habla con el señor McGinnity? 7-B, Pete McGinnity. Es presidente del consejo de dirección de la asociación de propietarios Golden Sands. Le gusta tan poco como a usted. Pero es así. A ver, terminemos con el asunto de la lista.

Entraron en la pequeña oficina que daba al vestíbulo del primer piso, frente a los dos ascensores. Al oírles entrar, Lorrie Higbee dejó de escribir a máquina. Era una mujer pequeña de cabello oscuro y largo, que le hubiera impedido la visión de no tener los ojos tan cerca, a cada lado de una larga nariz afilada como un cuchillo. De perfil no se veía más que la punta de la nariz que asomaba entre *un* haz de cabello negro y brillante. De arriba abajo los únicos rasgos visibles eran los pequeños ojos oscuros, la nariz larga, y la madura protuberancia roja del labio inferior.

—La señora Fish te ha estado llamando —dijo.

—¿Por qué?

—No quiso decirlo.

—A ver la ficha del 4-C.

La señora Higbee se dirigió a un archivo. Llevaba unos vaqueros gastados, tan ajustados que parecían su propia piel. Howard Elbright hizo un esfuerzo para no quedarse mirándole los pechos, que se agitaban libremente bajo la camisa amarilla.

Le alcanzó la ficha a Higbee. Este se sentó frente al escritorio más grande y le señaló a Elbright la silla para visitantes.

—¿Tiene la lista? Tiene una lista, Lorrie. ¿Qué te parece?

Elbright la sacó de la cartera, la desplegó y la leyó en voz alta, despacio y con cuidado.

—El agua que sale de los grifos de agua caliente es bastante tibia, pero no caliente. En el *living* y en el dormitorio

la lluvia se cuele por debajo de las puertas corredizas de cristal. Parece que faltan dos estantes del frigorífico. El compresor del aparato de aire acondicionado hace un ruido fuerte, como un gruñido. La puerta de la ducha no cierra del todo. En el baño los grifos para frío y caliente están invertidos. El esmalte de la bañera del cuarto de baño principal está bastante picado. Hay un armario con el interior sin pintar. Dos enchufes de pared parecen estar desconectados. En la barandilla del balcón del *living* hay una grieta bastante grande.

—¿Eso es todo?

—Por ahora.

—¿Por ahora? Bueno, ¿recuerda que el día que llegó vino a esta oficina?

—Lo recuerdo.

—¿Qué ocurrió?

—¿Ocurrió? Usted... me dio las llaves y un montón de folletos.

—Se olvida de la parte más importante. Firmó esto delante de mí y de Lorrie. Ahí tiene una copia junto con los folletos, ¿de acuerdo?

A Howard Elbright le resultó difícil leer la letra pequeña. Leyó con inquietud creciente. Había declarado que el apartamento le resultaba aceptable desde todo punto de vista, que todos los trabajos estaban terminados, y que el constructor y el urbanizador estaban a salvo de cualquier responsabilidad por trabajos o equipos insatisfactorios.

—Usted dijo que era una formalidad —dijo con tono acusador.

—Es lo que es. Un acuerdo obligatorio formal. Si no me cree, consulte a un abogado. Debí tomarse un día o dos para verificarlo, ¿no le parece?

—Tenía los muebles en el camión.

—Pudo dejarlos en depósito. De todos modos le diré qué puedo hacer por usted, Elmore. Creo que le puedo conseguir los estantes sin ningún problema. Me parece que

tenemos algunos en depósito que no sabíamos a qué apartamento correspondían. En cuanto al aire acondicionado, usted tiene la garantía y la dirección de donde vino, y puede arreglar el asunto por sí solo. En realidad, usted puede solucionar cualquiera de los problemas que tiene en su lista: conseguir un fontanero, un electricista, un pintor, lo que sea. O puede dejar que lo haga yo. Si me lo encarga a mí, será al precio de Gulf más el diez por ciento. Yo le aconsejaría que deje que yo me encargue, porque Gulfway puede conseguir gente por medio del constructor que lo hizo todo, y le irá mejor, aun con el diez por ciento, que si sale a buscarlo usted solo sin conocer la gente de por aquí. El procedimiento es éste: me lo encarga a mí y el cargo aparece en su cuenta mensual agregado a los honorarios de la administración, el arrendamiento del terreno, los gastos varios y lo demás.

—¿Pero de cualquier manera tengo que pagarlo todo?

—No tengo posibilidades de regalarle nada, Elmore.

—Elbright. Señor Elbright, por favor. Haga alguna asociación mental para recordarlo. Soy el listo que firmó sin leer. El lis...to Elbright.

—Muy bien, señor Elbright. ¿No es muy divertido, Lorrie?

—Fan...tástico —dijo ella, sin inflexión.

—Nunca lo olvidaré —afirmó Higbee—. Tengo una memoria casi perfecta.

—Ajá —dijo Lorrie.

—¿Quiere que me ocupe de la lista?

Howard la dobló y la devolvió a la cartera.

—Se lo haré saber.

—Como quiera. Para mí no es sino una preocupación más; pero para eso estoy, ¿no?

A Howard le pareció oír la risa de Higbee cuando cerró la puerta. Mientras caminaba hacia los ascensores las orejas volvieron a arderle. Apretó el botón. Bajó un ascensor del tercero, vacío. Subió hasta el cuarto, salió y giró a la iz-

quierda, hacia el ala norte. El apartamento 4-C era la segunda puerta del estrecho pasillo exterior, detrás de la barandilla de cemento que le llegaba hasta el pecho.

Sacó la llave, pero antes de entrar se apoyó contra la pared y miró al este, a través de las hectáreas de jungla, hacia el claro azul plateado de Palm Bay y el brumoso continente que se divisaba a lo lejos.

Eres un farmacéutico retirado, se dijo. Eres un farmacéutico retirado muy feliz, porque vives en tu departamento de cincuenta y ocho mil dólares justo aquí en Golden Sands, en Cayo Fiddler, con tu amante esposa. Tus hijos son adultos y les va muy bien. Tienes derecho a una parcela de playa (nueve metros de ancho, no se permiten vehículos), y a otra frente a la costa de la bahía (seis metros de ancho, no se permiten vehículos). Gozas de una salud razonablemente buena (un infarto, superado). Edith también (presión alta, difícil de controlar). Repite: eres muy feliz, Howard. Este es el Gran Sueño Americano. Disfrútalo.

Edith estaba en la cocina cortando un tomate.

—Has tardado bastante —dijo.

—Los Jubilados siempre tardamos mucho.

Ella le miró.

—¿Va todo bien, querido?

—Todo funciona perfectamente.

—¿Comenzarán pronto? El que no haya agua caliente me da ganas de gritar.

—Les perseguiré, no te preocupes.

—No hubo ningún problema, ¿verdad?

—¿Qué problema podría tener yo con nadie? Estoy inmunizado —dijo. La abrazó, se fue hacia el *living* y se arrojó para tratar de descubrir cómo entraba la lluvia por debajo de las puertas correderas. Mientras estaba de rodillas tuvo la grotesca sensación de participar en algún ritual masivo; de que a lo largo de aquella costa oeste de Florida, en todas aquellas estrechas islas alargadas cercanas a la costa, al abrigo de la zona continental subtropical, en Clea-

rwater Beach y Anna María y Longboat, Cayo Siesta y Cayo Casey y Cayo Seagrape, y también en aquella, Cayo Fiddler, había miles de farmacéuticos retirados, de sesenta y dos años, llamados Howard algo, todos viviendo en aquellas estructuras pálidas que miraban al mar, todos de rodillas en aquel momento frente a sus puertas correderas, preguntándose cómo el agua de lluvia conseguía filtrarse y manchar sus alfombras de color pastel. Todos mirando al oeste, viejos rechonchos: meditaad sobre vuestros destinos tropicales.